

MUERTES EJEMPLARES

Pedro Torres Curiel

Profesor agregado de bachillerato desde 1980, ejerce en el IES Rodrigo Caro. Premio Ricardo Molina (1981), Rafael Alberti (1987) y Ciudad de Torreveja (2000), de poesía; y Ramón Gómez de la Serna (1990) de narrativa. Ha publicado hasta la fecha tres libros de poemas: Travesía del alba, El humo y los labios y El manantial furtivo, así como la novela Bajo la absolución de los árboles. Ha colaborado con Las edades del lector en el n° 1 de esta colección.

Lo relata Tácito en el libro tercero de sus *Anales*, y es uno de esos efectos humildes y retardados cuya causa hay que buscar en los grandes sucesos que sacuden a veces con estrépito las aguas de la Historia, por lo demás nunca demasiado tranquilas, en este caso la muerte imprevista de César Germánico cerca de Alejandría. El relato de la llegada de sus cenizas a Corfú, portadas por su viuda Agripina, para desde allí emprender la ruta hacia Roma, ha deslumbrado a generaciones de lectores por su maravillosa combinación de plasticidad, fuerza expresiva y sobriedad de estilo. No hay que olvidar que para Tácito el joven nieto de Marco Antonio superaba en virtudes como la clemencia o la templanza al mismo Alejandro, no siéndole inferior ni en talento militar ni en belleza. Ecos de la nobleza de Germánico tal como fue descrita por el historiador pueden rastrearse en el cuadro admirable que Poussin compuso alrededor de 1627, y que se encuentra en la actualidad en el Instituto de las Artes de Minneapolis.

Se representa en él, sobre un fondo arquitectónico de arcos de medio punto en la mitad superior, el lecho donde en primer plano, rodeado por sus fieles y por su familia, yace Germánico, un reclamo ineludible para nuestra mirada. Un gran lienzo azul sobre las cabezas de los presentes, a modo de tapiz o dosel, separa el lecho del resto de la arquitectura. Catorce personas acompañan a quien parece expirar en ese justo momento. Forman dos grupos distintos en número y en calidad. A la izquierda del espectador, el más numeroso. Son gentes de armas. Contados de izquierda a derecha, como siguiendo la estela de una intensa luz dorada que baña la escena y desde allí proviene, Germánico es el décimo. Se trata de soldados que portan estandartes, espadas, lanzas, algunos con yelmos bruñidos, y de entre ellos sobresale la figura central, de perfil, tal vez el leal Sencio o Vitelio. Con el brazo derecho levantado, tras el que se oculta su rostro, prolonga el eje vertical del cuadro iniciado sobre él por un esbelto fuste rectangular. Apunta con el dedo índice de su mano hacia arriba, porque sin duda pronuncia palabras de juramento que le han sido hace poco reclamadas, “dejar antes la vida que la venganza”. También el dedo índice de la mano derecha de Germánico apunta y señala, esta vez hacia Agripina y el segundo grupo, al otro lado, más reducido, el círculo familiar. Agripina ha sido igualmente solicitada para que “someta su espíritu a la fortuna cruel”, y sentada junto al agonizante, esconde su llanto bajo la mano derecha, en la que sostiene un pañuelo para las lágrimas. Dos pequeños, uno de ellos desnudo y en primer plano, una sirvienta y, al fondo, una figura algo borrosa que pudiera identificarse con uno de los hijos mayores, la acompañan.

Dicen algunos entendidos, a propósito de esta trágica pintura, que nos presenta una lección moral de estoico heroísmo, perceptible sobre todo en la pesadumbre llena de contención y dignidad de los soldados, y añaden que muchos temas poderosamente humanos figuran en él, como la muerte, el sufrimiento, la injusticia, el dolor, la lealtad y la venganza. A un espectador quizá no tan avezado en la crítica de arte le sorprende antes que nada un sentimiento de viva piedad y la impresión vivísima del color. El blanco queda reservado para el centro temático de la representación, el propio Germánico, donde convergen la luz y la mirada, mientras que el azul y el rojo expresan en un equilibrio lleno de dramatismo la fuerza de la lealtad de los allí congregados, junto a la violencia de su pasión traicionada. El conjunto es de una belleza extraordinaria que, por decirlo brevemente, resulta de esa simbiosis perfecta de las obras maestras, alquimia entre verdad y plasmación estética, tan bien glosada por Keats en la conclusión de su *Oda sobre una urna griega*:

*"Beauty is truth, truth beauty, -that is all
Ye know on earth, and ye need to know."*



La conmoción que en Roma produce la noticia de la muerte de Germánico se acompaña con la indignación acerca de las sospechas de su envenenamiento. El día en que sus cenizas se depositan en el túmulo de Augusto, la ciudad es un hervidero de rumores y por todas partes está presente el llanto: “plena urbis itinera, conducentes per campum Martis faces”, nos cuenta Tácito (Las calles de la ciudad estaban llenas y brillaban las antorchas por todo el Campo de Marte). “illic miles cum armis, sine insignibus magistratus, populus per tribus concidisse rem publicam, nihil spei reliquum clamitabant...” (Allí el soldado armado, el magistrado sin insignias, el pueblo agrupado en tribus, clamaban que había perecido la república, que no

quedaba un resto de esperanza...). Todas las sospechas apuntan hacia Gneo Pisón y su mujer Plancina, hábilmente manipulados por la madre del César, la siniestra Livia, y por este mismo, el propio Tiberio, recelosos de un rival tan formidable.

¿Cómo no rendirse a ese sentimiento profundo de dolor que inundaba las calles? Aparece entonces en escena un actor desconocido, de nombre Clutorio Prisco. Sin duda que de no haber recordado el autor de los *Anales* su terrible y paradójico destino, nada sabríamos hoy de este caballero romano, nada de su existencia ni de sus presumibles cualidades de poeta. Pero es el caso que compone en aquellos días dramáticos para Roma un sentido poema a la muerte del heroico Germánico. De él solo nos queda la noticia de que fue muy pronto celebrado, y tanto agradó a Tiberio, que su autor recibió como premio un cuantioso regalo en metálico. Para nuestra desgracia, y tal vez la suya, ni un solo verso de esa composición ni de ninguna otra a él atribuible puede hoy ilustrarnos acerca de su talento.

Por lo que respecta a la consiguiente causa judicial a la que deben hacer frente quienes estaban acusados de haber procurado la muerte de Germánico, Plancina inicia pronto, bajo el ala protectora de Livia, inequívocas maniobras de distanciamiento, hurtada a las acusaciones del Senado como si Tiberio hubiera reclamado para sí una zona de sombra inexpugnable para hacerla allí invisible, mientras que Gneo Pisón, su marido, ve cernirse sobre él todas las miradas que reclaman justicia, cuando no venganza. La situación debió de volverse para él especialmente trágica, pues no tarda en comprender que su esposa en absoluto está dispuesta a compartir su destino. Una noche, encerrado en sus habitaciones, redacta un memorial para el César en el que le confiesa su absoluta lealtad, “et coepta luce perfosso iugulo, iacente humi gladio, repertus est” (y llegada la mañana, fue encontrado en tierra con una gran herida en el cuello y la espada cerca de él). Tácito recuerda haber oído a los más viejos comentar que por aquellos días se habló acerca de la existencia de documentos comprometedores para Tiberio en poder de Pisón, así como de su sospechoso suicidio. Pero las aguas revueltas del Senado, por más turbias que bajen, parecen poco a poco agotar su inicial empuje, ya que no aplacarse. Las penas solicitadas para los hijos de Pisón, acusados de haber promovido junto a su padre al hilo de estos sucesos una guerra civil, son suavizadas por Tiberio, y con ese laconismo escéptico que tantas veces aflora en la voz del historiador, comenta Tácito que el final del proceso arroja un resultado incierto, pues “hasta tal punto los grandes sucesos son igualmente ambiguos”.

Y pasan algunos meses, en los cuales podemos imaginar la gloria de Prisco, reclamado en las reuniones más selectas, invitado a recitar sus versos, gozando de un éxito del que ignora por completo que acabará por destruirlo. Un año más tarde corre el rumor por Roma de la enfermedad de Druso, el hijo único de Tiberio, y Clutorio Prisco comete el imperdonable error de imaginar su muerte. Un mimetismo peligroso, junto a una temeraria combinación de vanidad, codicia e insensatez, le lleva más lejos, a componer otro poema elegíaco, esta vez a la muerte del hijo del príncipe, del que espera sin duda mayor gloria y beneficio. Y más lejos aún: satisfecho al parecer del resultado, no quiere dejar pasar la oportunidad de mostrar su talento, y en una de aquellas reuniones nocturnas, rodeado de mujeres que lo adoran como se adora a un poeta de moda, no puede resistir la tentación de la primicia, y declama ante las miradas arrobadas que casi le acarician la elegía a la muerte de Druso... sólo que anticipándose al menos dos años a la defunción real del hijo del César.

A la vanidad sucede la delación; a la insensatez, la adulación, y es así como el caso de Clutorio Prisco es puesto de inmediato en manos de Haterio Agripa para que

el Senado se pronuncie sobre el asunto. El cónsul no se anda por las ramas y solicita la pena capital para el poeta. Es uno de esos momentos de pánico, no sé si demasiado frecuentes, en que la locura, aliada a la cobardía, arrebata a los hombres cualquier atisbo de ecuanimidad. Sólo Marco Lépido se muestra capaz, ante toda la tramoya institucional, de oponer un razonamiento al dislate del Senado, entregado en cuerpo y alma a satisfacer el presumible disgusto de Tiberio: “vana a sceleris, dicta a maleficiis differunt”, dice (las banalidades se diferencian de los crímenes, las palabras de las fechorías). Tal vez sin proponérselo, al menos en esos términos, su discurso es un ejemplo de crítica literaria lúcida e implacable que sitúa la ambición de Prisco en sus justos límites: “studia illi ut plena vaecordia ita inania et fluxa sunt” (sus obras están tan llenas de insensatez como de vanidad e insignificancia), y solicita para él una pena menor, rechazada por todos menos por uno.

Inmediatamente Clutorio Prisco es conducido a la cárcel y ejecutado -a tal grado de abyección llega a veces el deseo de agradar al poderoso. Pero la astucia de Tiberio superaba con creces la cobardía de los senadores. El último acto de estas muertes ejemplares adquiere tintes tan siniestros como propios de la farsa. De nuevo en el Senado, Tiberio alaba la actitud clemente de Lépido, pero se guarda de atacar a Agripa, y propone como solución para evitar actos precipitados en el futuro que, para la ejecución de este tipo de condenas, medien diez días, “como si en ese plazo el Senado tuviera libertad para retractarse o el rencor de Tiberio tiempo de aplacarse”.

Nadie que lea estas páginas de los *Anales*, con el relato del trágico destino de Prisco, puede dejar de percibir algo parecido a la zozobra, con su inconfundible efecto perturbador. Por supuesto que también nos impresionan las muertes de Germánico y la de su presunto envenenador, Gneo Pisón. Pero ambas participan de la misma opacidad, aunque disten mucho de poseer la misma dignidad, como resulta evidente cuando comparamos las distintas sombras de las que se rodean y las opuestas naturalezas de sus protagonistas. La primera, la de Germánico, se sitúa entre el designio de un hado adverso y el crimen inducido por el veneno y la traición; la segunda, la de Gneo Pisón, entre el asesinato que cubre otros crímenes y el suicidio de quien ve perdida la partida. Pero, en conclusión, son muertes que velan entre sospechas, rencores, giros del destino, ambiciones desatadas, desgracia, servilismo o simple alevosía, su verdadera causa, y esto es lo que confiere a la tercera, la que sobreviene al más modesto, al oscuro Clutorio Prisco, un efecto más decididamente inquietante y perturbador. Tal vez suceda que resulte la más criminal, por más obscena; la que se ejecuta sin opacidades, a la luz del día. Es la muerte “justa”, la que se aplica en cumplimiento de la voluntad de quienes deben guardar la ley. Ella sola es el reflejo, fiel hasta el deslumbramiento o la náusea, de una época corrompida que ha convertido la justicia en “augur de los semblantes del privado”, como en verso inmortal nos dicta, en su *Epístola*, nuestro Andrés Fernández de Andrada.